

Patria del idioma

Alessandra Molina

El invierno no había terminado
pero en los árboles sonaba el corazón de una hoguera,
el rumor de los brotes que hinchaban la vieja piel
y parten las puntas más finas de las ramas una a una.
Con sus alas, con su breve posarse,
con su pico y sus garras minúsculas,
los pájaros llenaban el aire del color y los fragmentos
de aquel fuego primaveral
que volvía a hacer sus primeros anuncios.
A semejanza, teníamos el ánimo de unos estudiantes extranjeros
que hubiesen llegado al país un poco antes de la fecha acordada.
Sobre la mesa
los cítricos mostraban un lustre incandescente
que aquella mañana no nos parecía artificial. Convidábamos
y hasta hubo un momento de refutación poco solemne,
alborotada,
cuando alguien advirtió –se lo había dicho su madre–
que comer mandarinas en exceso
era causa de una enfermedad llamada escorbuto.
El invierno volvió, arremetió,
el rumor de los brotes se apagó contra el viento,
los pájaros aparecían a deshora.
Sólo las frutas, con sus pulidos destellos
conseguió retener aquella promesa de la primavera.

Primavera.
Mandarinas.
Escorbuto.

¿Dé que gajo secreto, torcido y nudoso, colgaban las palabras?
¿Y hacia dónde colgaban con su error o su verdad?
Recordé con vergüenza tan fácil refutación,
y a su madre, que desde hacía años estaba muerta...